

**TODOS LOS HOMBRES DESEAN,  
POR NATURALEZA, SABER  
*OMNES HOMINES NATURA SCIRE  
DESIDERANT***

MARCELA FORERO \*

Esta proposición, con la cual Aristóteles comienza la *Metafísica*, constituye propiamente el proyecto de su investigación, tal es el asunto del cual se ocupa del principio al fin de la obra. La expresión, sin embargo, parece encerrar una contradicción, porque *deseo* es tendencia hacia un bien, lo cual supone la carencia de éste en cierto sentido, mientras que *naturaleza* significa realización, acabamiento, perfección, cumplimiento del fin propio de un ente, podríamos decir, satisfacción del deseo y posesión del bien.

Esta concepción aristotélica de naturaleza no admite, de ninguna manera, la comprensión de nuestra tesis en el sentido de que los hombres tienen un deseo innato de saber. Si lo que aquí se está diciendo es que en virtud de la naturaleza humana existe el deseo de saber, entonces tal deseo resulta pobre por el simple hecho del nacimiento, mientras que se fortalece por razón de la adquisición de mayores grados de perfección humana. Y la perfección del hombre consiste en asumir la forma de vida en la cual se realiza la actividad propia de los dioses, ésta es, el saber teórico.

El deseo de conocer tiene una primera manifestación, en grado inferior, en el placer que experimentamos en el uso de los sentidos; sin embargo, este uso no constituye la actividad propia de la naturaleza humana, sino que es común con la de los animales. La manifestación de este deseo se va

---

\* Pontificia Universidad Javeriana

plenificando en la medida en que avanzamos en los grados del saber: la experiencia, el saber productivo, el saber práctico y el saber científico, en donde este último se erige como el más alto producto de la civilización en virtud de su autosuficiencia, pues no pretende un fin distinto del mismo conocimiento. Se trata de un saber que es más saber que los anteriores porque conoce más en cuanto que conoce las causas y en consecuencia, conoce con mayor exactitud de manera tal que quien lo posee puede enseñarlo.

La sabiduría, por su parte, también es ciencia, pero no de cualquier causa, sino de las primeras causas y principios. Conoce el fin por el que debe hacerse cada cosa, fin que es el bien de cada una, y en definitiva, el bien supremo en la naturaleza toda. Tratándose de un saber que se ocupa de lo más difícil, lo universal, de lo más digno de ser conocido, el saber mismo, que en tal sentido es inútil, pues no se interesa en las cosas necesarias para la vida y por ello es un saber libre, autosuficiente, al cual se subordinan los demás, entonces parece que su posesión podría con justicia ser considerada impropia del hombre, pues la naturaleza humana es esclava en muchos aspectos (Cfr. *Met.* 922b 25-30).

Podríamos asumir ésta como una nueva expresión de la contradicción señalada al principio de nuestra reflexión. Si todos los hombres por su naturaleza, por lo propio y más perfecto de su humanidad, desean saber el tipo de saber que acabamos de describir entonces el hombre sólo es hombre en cuanto aspira al saber de los dioses. Dicho, empero, en términos de Simónides, citado por Aristóteles: "sólo un dios puede tener este privilegio", con lo cual se quebraría la aspiración humana a tal saber.

Aristóteles, sin embargo, da un giro a este sentido negativo de Simónides, cuando completa la cita diciendo: "aunque es indigno de un varón no buscar la ciencia a él proporcionada. Por consiguiente, si tuviera algún sentido lo que dicen los poetas, y la divinidad fuese por naturaleza envidiosa, aquí parece que se aplicaría principalmente, y serían desdichados todos los que en ésto sobresalen" (*Met.* 982b 30-983a 2).

La sabiduría ha sido pues proporcionada al hombre de manera potencial en los distintos modos de saber, en el sentido de que en ellos se manifiesta una gradual capacidad para el ejercicio del saber supremo; de allí que el deseo de saber con sabiduría se haga presente en los modos de saber que no son aún la sabiduría, en su ausencia. En la medida en que es más perfecto el saber humano y por tanto el hombre, en esa misma medida es más fuerte su deseo de saber.

De otra parte, en virtud de la naturaleza divina, la cual excluye la envidia, se hace posible y deseable desde la perspectiva misma de la divinidad, que una ciencia que ella ejercita y que sobre la misma divinidad versa, pudiendo ser exclusivamente propia de Dios o principalmente propia de él, también sea propia del hombre.

No se trata entonces de una contradicción, sino de una exaltación de lo humano hacia lo divino en la actividad teórica, posibilitada por la naturaleza misma de lo divino y por la naturaleza misma de lo humano.

\*\*\*\*\*

Dichoso el P. Jaime Hoyos, maestro mío de filosofía, porque realizó su naturaleza humana en cuanto se dedicó a la vida teórica, y a ella se dedicó por su deseo intenso de saber y por el deseo de la divinidad, que amándolo, tal ciencia le proporcionó.